

plos buenos de nuestros antepasados desenvolverán en el niño sentimientos de patriotismo, de moralidad y perseverancia que lo prepararán sin duda para ser un buen hijo, un buen padre de familia ó un excelente ciudadano.

El método que debe seguirse en la enseñanza de la historia se desprende naturalmente del mismo concepto que antes hemos expresado de ella; absurdo sería pretender inducir los hechos por nuestra observación ó deducirlos de un principio superior, cuando todos han dependido de la voluntad del hombre; mas siendo ese medio imposible no queda más que la narración ó exposición que amenice, que agrade é interese vivamente al auditorio infantil, y le haga conmoverse ó le haga pensar seriamente en el porvenir de su patria ó de la humanidad.

Tal ha sido el camino emprendido durante el curso del presente año escolar que hemos seguido, aunque imperfectamente, desde nuestra Independencia hasta la fecha.

México, 1902.

## ARTICULO DECIMOCUARTO.

### LA ESCUELA PRIMARIA SUPERIOR.

REFORMAS PEDAGOGICAS. (1)

Una gran significación pedagógica tiene esta humilde fiesta escolar, es casi una modesta fiesta de familia, una pequeña reunión fraternal en la que se respira una atmósfera de sinceridad, de cariño, de afecto verdadero. El jefe de esta familia debe sentirse feliz, satisfecho, halagado no en sus sentimientos de vanidad, porque ningún padre de familia es vanidoso con sus hijos, sino que al contrario, debe sentir exaltados sus sentimientos más puros, los más elevados, los más altruistas, los que piden á gritos el sacrificio propio en beneficio de la felicidad ajena.

Pero si meritorio es para el padre de familia el sacrificio de su existencia en bien de los seres á quienes les dió vida, no hay palabra en el lenguaje humano que signifique toda la grandeza, toda la éxcelsitud, to-

(1) El presente artículo es una pequeña alocución leída por el autor en la Escuela Primaria Superior núm. 9, con motivo de una fiesta escolar verificada en dicha escuela, á la que concurrieron los Sres. Ing. Miguel F. Martínez y Prof. Enrique C. Rébsamen, Directores respectivamente de la enseñanza primaria y normal del Distrito Federal.

da la abnegación sublime del Maestro de Escuela y más aún cuando este noble y augusto ministerio se ejerce todavía en nuestro siglo de positivismo, casi sin recompensa, aunque retribuido con la gratitud de quienes recibiendo la vida de nuestra propia vida, de quienes en cambio de nuestro esfuerzo mental que significa pérdida de existencia, aniquilamiento cerebral y esperanzas nulas de reparación, pueden pagarnos quizá con el desdén, con el desprecio, con la humillación, y acaso hasta negándonos el beneficio recibido.

Mas este pesimismo que la vida real comprueba, está próximo á desaparecer. Aquí están dos potencias vigorosas del profesorado nacional que significan para nosotros: corazón y voluntad, y cuando el corazón y la voluntad se asocian, el cerebro surge y entonces el pensamiento brota, brilla la idea, y esta luz eficiente, no sólo ilumina al mundo, sino que á la vez alienta con su fuerza y con su energía, obra y realiza.

De esa dualidad brotará algún día la nueva Escuela, fruto magnífico cuyo embrión no sólo traerá en sí la vida de la verdad encarnada en la ciencia, sino también la vida de la belleza encarnada en el arte y la vida del bien individual y social encarnado en la industria.

La Escuela moderna, la escuela del siglo XX, la que soñamos en nuestros éxtasis de idealización pedagógica, la que vive embrionaria en nuestros cerebros, la que acaso necesita todavía un siglo de laboriosa gestación para surgir á la vida real, es por hoy la utopía de los pedagogos contemporáneos, y apenas la lejana esperanza para el mañana.

Pero alegrémonos, la sabia Naturaleza nos enseña á cada paso, que todo ser embrionario cambia, y cambia siempre en el sentido del progreso; su evolución es len-

ta, pero constante y no se interrumpe jamás; la Escuela mexicana por hoy es un embrión, está encarnada en dos egregias personalidades, que, unidas estrechamente por la gran responsabilidad que han contraído ante la nación entera y ante el mundo civilizado, nos hacen esperar un porvenir lleno de dichas; son ellos los depositarios de la fe nacional y del único tesoro que engrandece á los pueblos, la instrucción y la educación populares, que equivale á decir: son los depositarios fieles de la felicidad futura de la patria.

Por ahora, los mexicanos, hay que tenerlo presente, somos casi una materia prima de muy mala calidad; nuestra organización está impregnada de una herencia malsana y en extremo deficiente; en lo físico y en lo moral, somos herederos de dos razas empobrecidas y aniquiladas por la miseria, por la ignorancia, por los excesos de la guerra y de la superstición, por una tradicional indolencia en el trabajo y por la inacción característica de las razas débiles y decadentes. He aquí el catálogo de nuestras enfermedades: debilidad física individual, por falta de nutrición y de ejercicio; debilidad fisiológica en la especie, por agotamiento é ignorancia de la higiene; debilidad mental por exceso de tradicionalismo y falta de criterio científico; debilidad sentimental, por nuestra desunión con la Naturaleza y nuestro apego al convencionalismo; debilidad de carácter, por falta de valor, por exceso de imprudencia y por falta de constancia.

Vuestra labor, señores Directores de la enseñanza primaria y normal, es labor ardua, labor difícil; pero labor fecunda y no imposible de llevar á cabo. Vuestro programa es amplio, pero muy amplio y se sintetiza en estos dos medios fundamentales: mejoramiento de la herencia adquirida y creación de un medio ade-

cuado para su desenvolvimiento. Todas vuestras acciones presentes y futuras formarán, sin duda, parte de estos dos grandes medios que he indicado y con ellas llegaréis á alcanzar el fin que os proponéis para el niño mexicano: el perfeccionamiento de la vida individual, el perfeccionamiento de la vida de la especie y el perfeccionamiento de la vida social; y la realización de estos tres fines, es lo que constituye, en todos los países del mundo, el triple ideal de la perfección humana.

Mas no hay que impacientarse; ya se comienzan á dar los primeros pasos, en el sentido de la reforma de la Escuela; y en efecto, ¿no es un paso y paso agigantado, la nueva organización de la Escuela primaria superior? Los autores del proyecto que el supremo Gobierno acaba de transformar en ley, deben sentirse satisfechos. Su criterio, eminentemente científico los ha colocado fuera de toda crítica vulgar; han dado muerte de una vez para siempre al dogma pedagógico, fruto mezquino de la filosofía tradicional; han hundido en el abismo sin fondo de la metafísica, á todos los pedagogos soñadores y cuyos ideales son frutos solamente de una imaginación enferma y de cerebros empobrecidos y desequilibrados por el error. ¿Qué importa, cuando se trata de una reforma trascendental, aceptar transitoriamente los últimos momentos de un eclecticismo agonizante, si esto prepara á la sociedad y á la Escuela y á los Maestros para la aceptación definitiva y triunfal del criterio netamente científico? ¿Acaso puede esto considerarse como un desfallecimiento, como la más leve sombra capaz de eclipsar verdades tan luminosas como la que consta escrita en el artículo primero de la nueva ley, en el cual se declara que la Escuela primaria superior continúa en mayor escala la preparación del hombre para la vida? ¿No es un triun-

fo de la filosofía moderna, la aceptación sistemática de la verdad científica, la introducción de la cultura artística y la iniciación del escolar en las honrosas faenas de la actividad comercial, agrícola é industrial? ¿No es un avance altamente pedagógico la sustitución del antiguo é inútil examen individual con el reconocimiento colectivo y bimestral? ¿No es un gran progreso, escolar y social, la celebración periódica de modestas fiestas escolares, como la presente, en la cual maestros y alumnos, padres é hijos, autoridades y profesores se tienden la mano en señal de afecto y como la muestra inequívoca del deber cumplido?

Es evidente que sí; marchamos ya, de una manera franca y leal, por los amplios caminos del progreso; la fe ciega del creyente no es nuestro credo; tampoco lo es la fe anárquica del jacobino y del apóstata; la fe de hoy, la fe del siglo XX, es la fe de la verdad científica, la única fe posible que puede imperar en las conciencias ilustradas, y aún más todavía, es la única fe posible que puede iluminar al mundo.

México, 1902.